

El error de Balaam

(Lecturas sugeridas: Números 22, 23, 24, 25, 31)

Estimado amigo,

A primera vista pareciera que la historia de Balaam, el adivino, registrada en Números 22–25, no tuviera ninguna relevancia para los cristianos de hoy. Sin embargo, los escritores del Nuevo Testamento hacen mención de Balaam en tres pasajes diferentes, siempre en tono de advertencia. Por lo tanto, es evidente que el relato de su vida encierra lecciones importantes para los creyentes.

Balaam es un personaje curioso, que intriga al lector; es una combinación inexplicable de dones espirituales sobrenaturales y carácter corrupto. Es importante notar que en la iglesia actual, vemos un número cada vez mayor de ministerios que, al igual que Balaam, tienen una combinación de dones espirituales y carácter corrupto.

Al inicio de la historia de Balaam ya Israel acampaba en la frontera de Canaán. Su presencia inspiraba temor a Balac, el rey de Moab, cuyo territorio lindaba con el campamento de los israelitas. Aparentemente, veía a los israelitas como una amenaza para su reino, aunque no habían hecho nada que justificara su temor.

Ya que se sentía incapaz de enfrentarse militarmente con Israel, Balac decidió combatirlos usando armas espirituales. Envío a algunos de sus príncipes, con el pago por la adivinación en sus manos, para llamar a Balaam con el fin de que éste viniera a maldecir a Israel. Como “adivino” (agorero o sortilego), Balaam tenía la reputación de pronunciar bendiciones o maldiciones que obraban con suma eficacia para bien o para mal.

Balaam era de Petor en Mesopotamia. No era israelita. Sin embargo, tenía un conocimiento personal directo del único Dios verdadero. Cuando Balac le pidió que maldijera a Israel, Balaam contestó: “No puedo traspasar la palabra de Jehová mi Dios”. En español, “Jehová mi Dios”, es la traducción aceptada del nombre sagrado de Dios en hebreo, que se traduce “Jehová” o bien “Yahvé”. Al dirigirse a Dios, Balaam usaba Su nombre sagrado y lo llamaba “mi Dios”.

Cuando los mensajeros de Balac llegaron, Dios le dijo a Balaam que *no* fuera con ellos y que *no* maldijera a Israel (Nm. 22:12).

Balac respondió enviando un mayor número de príncipes honorables con la promesa de una recompensa aun mayor. Esta vez, el Señor le dio permiso a Balaam para ir, bajo una condición: “si vinieren para llamarte estos hombres” (Nm. 22:20).

Sin embargo, no existe ninguna documentación que indique que los hombres fueran otra vez a llamar a Balaam. No obstante, él fue, y su desobediencia provocó la ira del Señor, quien se le opuso durante su viaje, y casi lo mató. Al final, sin embargo, el Señor le permitió ir, pero estableció la siguiente condición: “Pero hablarás sólo la palabra que yo te diga” (Nm. 22:35, Biblia de las Américas).

Balac acogió complacido a Balaam e hizo un sinfín de preparativos para que maldijera a Israel. Pero cada vez el resultado fue exactamente opuesto. En total, Balaam pronunció cuatro profecías que figuran entre las revelaciones bíblicas más hermosas y que mejor expresan el compromiso irrevocable de Dios para bendecir a Israel.

Frustrado por Dios en su intento de maldecir a Israel, Balaam propuso contra ellos una estrategia diferente (véase Nm. 31:16). Si las mujeres moabitas pudieran incitar a los israelitas a la idolatría y la inmoralidad, no sería necesario maldecirlos. Dios mismo traería juicio sobre ellos. La segunda estrategia de Balaam tuvo éxito, y 24.000 israelitas perecieron bajo el juicio de Dios (Nm. 25:1-9).

En todo esto, Balaam demostró la más asombrosa inconstancia. En más de una ocasión, Dios le había prohibido de manera explícita maldecir a Israel. Mediante una revelación sobrenatural, había declarado cuatro veces el propósito inmutable de Dios de bendecir a Israel y juzgar a sus enemigos. Sin embargo, él persistió obstinadamente en ayudar a Balac, el enemigo de Israel, y en maquinando la destrucción de Israel. Indudablemente, resultaba apropiado que él pereciera en el mismo juicio que los demás enemigos de Israel, ejecutado por los israelitas junto con los reyes de Madián (Nm. 31:8).

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Qué motivo pudiera ser tan apremiante como para hacer que Balaam obrara de una manera completamente contraria a la revelación que había recibido de Dios, acarreado así su propia destrucción? Dos escritores del Nuevo Testamento dan una respuesta clara y específica a esta pregunta.

Hablando de falsos maestros en la iglesia, Pedro dice: “Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, *el cual amó el premio de la maldad . . .*” (2 Pedro 2:15).

Asimismo Judas, hablando de los falsos maestros, dice: “Se lanzaron *por lucro en el error de Balaam . . .*” (Judas 11).

La respuesta es clara. Balaam fue tentado al punto de su destrucción por amor al dinero. Por esta razón, estuvo dispuesto a prostituir sus extraordinarios dones espirituales. Además, probablemente se sintió halagado por las atenciones del rey Balac y sus príncipes. El amor al dinero va estrechamente ligado al deseo de popularidad y de poder. Todos estos malos deseos brotan de un mismo suelo: *el orgullo*.

Lo que aprendemos de Balaam

Hay tres lecciones importantes que debemos aprender de la historia de Balaam.

Primera lección

El Dios Todopoderoso ha hecho un compromiso irrevocable de establecer al pueblo judío como pueblo Suyo para siempre. No hay potestad en el universo, ya sea humano o satánico, que pueda anular este compromiso. Los judíos han sido infieles a Dios muchas veces, y Él los ha juzgado con severidad, pero la infidelidad de ellos nunca podrá invalidar la fidelidad de Dios.

Es importante entender que la iniciativa en cuanto a esto procede de Dios, y no de los hombres. Los judíos no escogieron a Dios; Él los escogió a ellos.

Tengo un joven amigo que era musulmán—llamémoslo Alí—y que luego se convirtió a Cristo de manera sobrenatural. Después de su conversión, empezó a presentarle a Dios todas sus quejas contra los judíos. Finalmente, Dios le respondió: “Alí, tu problema no es con los judíos, sino conmigo. Yo soy Quien los escogió”. Ahora ese joven tiene un ministerio ganando a musulmanes para Cristo y enseñándoles a orar por los judíos.

En Números 24:9, la profecía de Balaam revela un factor decisivo en el destino de hombres y naciones. Hablando a Israel, Balaam dice:

*“Benditos los que te bendijeren,
Y malditos los que te maldijeren”.*

Tanto individuos como naciones determinan su destino—a menudo sin darse cuenta—por su actitud hacia el pueblo judío. Los que lo bendicen son benditos, y los que lo maldicen son malditos.

Segunda lección

Una de las armas más poderosas y de mayor éxito que usa Satanás contra nosotros es el amor al dinero. Ha sido así desde los primeros días del cristianismo hasta hoy. Un ministerio que va acompañado de señales sobrenaturales excepcionales, particularmente milagros de sanidad, casi siempre puede llegar a convertirse en una vía para ganar dinero.

En 2 Corintios 2:17, Pablo establece un contraste entre su ministerio y el de muchos de sus contemporáneos: “*Pues no somos como muchos, que comercian con la palabra de Dios*” (Biblia de las Américas). Aun en la época de Pablo, ¡muchos cristianos estaban usando su ministerio para ganar dinero!

El dinero en sí no es malo. El ser rico no es necesariamente pecado. En sí mismo, el dinero no es ni bueno ni malo. Se puede usar para bien o para mal. Sin embargo, cuando empezamos a amar el dinero, caemos en la trampa de Satanás. En 1 Timoteo 6:9-10, Pablo usa un lenguaje muy serio para prevenirnos contra esto:

Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.

En mi propio ministerio, he enseñado a menudo acerca del plan de Dios para prosperar a los creyentes que están comprometidos a ejecutar los propósitos del reino de Dios. Sin embargo, hoy por hoy, cuando pienso en el pasado, me arrepiento de todas las veces que enseñé este mensaje sin balancearlo con la advertencia de Pablo aquí en 1 Timoteo 6. En mi mente tengo una imagen de los creyentes que han sucumbido ante el amor al dinero como personas que han tomado un puñal afilado y envenenado y se lo han clavado en su propia carne. Esto fue indudablemente lo que hizo

Balaam.

Tercera lección

Tenemos que entender la diferencia entre los dones espirituales y el fruto espiritual. Los dones representan habilidad, mientras que el fruto representa carácter. Un don se manifiesta mediante una sola impartición breve, pero el fruto surge como resultado de un lento proceso de desarrollo.

El recibir un don espiritual no cambia en sí el carácter de una persona. Si la persona era orgullosa, poco confiable o mentirosa antes de recibir un don espiritual, todavía lo será después de recibirlo.

Sin embargo, el hecho de recibir un don tal aumenta la responsabilidad de esa persona, ya que a su vez aumenta la influencia que ésta puede ejercer sobre otros. Al recibir dones, también podemos ser tentados a ver el “éxito” en la vida cristiana en términos del uso de los dones espirituales y no del desarrollo de un carácter piadoso. Aunque parezca paradójico, *mientras más dones recibe una persona, más debe ocuparse en cultivar el fruto espiritual*. Cuando pasemos del tiempo a la eternidad, dejaremos atrás nuestros dones; sin embargo, nuestro carácter quedará con nosotros para siempre.

La oración que hizo Balaam evidencia su claro entendimiento del fin bendito que le espera a los justos.

“Muera yo la muerte de los rectos, y sea mi fin como el suyo”. (Nm. 23:10)

Sin embargo, la oración de Balaam no fue contestada. Fue ejecutado cuando Dios juzgó a los moabitas, cuyo dinero lo había tentado a ponerse en contra de Dios.

El fin de Balaam es una demostración clara de la enseñanza de Jesús en Mateo 7:21–23:

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”.

En pocas palabras, no hay sustituto alguno para la obediencia a Dios. Solo la obediencia nos asegura un lugar en el cielo.

Suyo, al servicio del Maestro,

Derek Prince